

## EL JABALÍ GRUÑÓN:

Érase una vez un jabalí (*Sus scrofa*) solitario llamado Pepón, pero al que todos los habitantes del bosque conocían como Gruñón porque era muy temido en el lugar por sus malos modales, sus peores formas y por su gran antipatía.

Cada mañana, se despertaba en su encame con el relinchar del pito real (*Picus viridis*) que anidaba en la encina de en frente. Era un canto que penetraba por toda la espesura del monte y llegaba hasta todos sus rincones. El jabalí, que ya empezaba el día de malas maneras, sin dar ni unos buenos días, le decía:

- Pajarraco inútil... ¡calla, calla! Que no me dejas dormir y ayer hocé hasta tarde. Eres tan molesto ya desde por la mañana con ese pico tan largo que tienes, ¡y con él que no eres capaz de hacer nada bien!

El pobre carpintero verde, que aprovechaba las luces del amanecer para llenar su estómago vacío con las primeras hormigas del día, sacaba su extensa lengua del agujero que acababa de hacer, agachaba su cabeza coronada de coloridas plumas rojas y trepaba por el tronco corteza arriba hasta esconderse en su nido.

El Sr. Ardilla (*Sciurus vulgaris*), que lo había visto todo desde el pinar más cercano, se aproximó correteando, dando brincos de rama en rama hasta llegar a la oquedad del árbol donde se había refugiado el Sr. Pito Real y le decía:

- Otra vez te ha molestado el Gruñón, ¿verdad?- Y el pobre Sr. Pito Real con su carita lo decía todo. - Ya te he dicho que a ese animal de bellota no tienes que hacerle ni caso. ¿No ves que lo único que hace es comer y dormir? ¡Qué sabrá él de cantares de pájaros! No le hagas caso, y por favor, cántame un poquito que esto está muy callado. - Y el Sr. Pito, después de respirar profundo y hondo, hacía sonar su relincho por todo el bosque hasta la sierra.

Pepón, que ya no podía conciliar el sueño, se estiró entre las enmarañadas jaras pringosas, se puso de pie, y echó a andar por su vereda hacia un enorme trigal dorado para saciar su apetito. Comer en un espacio abierto era algo siempre peligroso, pues está expuesto a ser visto por muchos, pero gracias a su enorme jeta, tenía el olfato muy desarrollado y excepto en días de viento, solía detectar cualquier olor extraño a kilómetros de distancia. También era capaz de reconocer otros aromas mucho más apetecibles, como el de las lombrices que se zampaba al remover con sus amoladeras las frescas y tiernas hierbas o al dar vuelcos a las piedras, mientras de vez en cuando, levantaba la cabeza y giraba las orejas para captar mejor los sonidos y agudizar el olfato. Se empezaba a echar el sol encima y la canícula se apoderaba del día. Ya iría por la noche a la dehesa, pensó, ahí sí que se pegaría un buen festín de bellotas, un excelente bocado que llevarse a la boca.

Pepón seguía su itinerario por el bosque y como le había entrado sed decidió desviarse hacia el río. Allí se encontraba la Sra. Trucha (*Salmo trutta*) esperando al lado de la corriente, para ver si podía comer algo que saliera a su paso. Cuando Pepón la veía, se reía de ella y le decía:

- Ja, ja. Mis navajas se mueven mejor que tú.

La Sra. Trucha le respondía:

- Pero, ¿por qué me dices eso?, si yo no te he hecho nada... Además, me muevo así por las aguas porque yo no tengo patas, sino aletas.

- Te lo digo -decía el Gruñón- porque me amargas el trago. Estar bebiendo mientras te veo nadar así, me quita la sed.- Y las lágrimas de la Sra. Trucha se mezclaban con las aguas del río y se iban a ninguna parte, arrastradas por la corriente.

A Pepón le daba exactamente igual. Ahora antes de echarse la siesta otro rato, iba a revolcarse en el barro y no pensaba en lo que decía o el daño que podía causar haciéndolo, él sólo quería revolcarse para protegerse de esos malditos parásitos que no paraban de chuparle la sangre y qué molestos eran. Cuando llegó al barrizal, metió su cuerpo entero e iba cubriendo todas sus cerdas hasta hacerlas más duras, como un escudo protector. Lo hizo varias veces, saliendo del baño para restregarse contra los troncos de los alrededores, frotándose bien y tronchando todas las ramas de alrededor necesarias hasta quedar bien satisfecho y marcaba de paso algún que otro árbol con sus navajas para aprovechar y afilarlas también y dejar la seña de Pepón, el Gruñón, por si alguno tenía dudas de cuál era su bañera.

Al lado del barrizal, vivía la Sra. Liebre (*Lepus granatensis*) en su cama. Estaba escarbando para hacer hueco a sus crías que estaban a punto de nacer.

- ¡Buenas tardes!- le decía la Sra. Y el jabalí pasaba de ella y seguía tirado en el barro. A la pobre Sra. Liebre le salpicaba y manchaba su casa.

- Oiga Sr. Pepón, discúlpeme, pero está ensuciando mi casa y no me gustaría tenerla así para cuando tenga a mis hijos.

- Usted no es quien para decirme lo que tengo que hacer y déjeme en paz y ocúpese de lo suyo, que como sea así con sus hijos... ¡pobres, la que les espera!- Y el animal se volcaba hacia el otro lado y se frotaba la otra parte del cuerpo hasta que quedaba totalmente embadurnado.

Al volver el Sr. Ardilla de coger sus piñas, también tenía que ayudar a la liebre por culpa de Gruñón, pero esta vez, era porque le destrozaba la casa y se metía con ella, diciéndole que no sabría ser una buena madre. El Sr. Ardilla no aguantaba a Pepón. Una vez, cuando era pequeño, estaba recogiendo piñones y Pepón estaba pisando una piña enorme y frondosa y él, le pidió, por favor, que si se podía apartar un poco para cogerla, pero él le contestó que no, añadiendo que era un animal inútil y que no servía ni para coger una piña. Eso al Sr. Ardilla le dolió mucho, y estuvo mucho tiempo sin comer por creer que no era nadie, lo que explica su tamaño actual, más bajito y delgado de lo normal. Al reponerse, ahora era él el que consolaba a los demás enseñándoles que él es el que no es nadie para hablar así de la gente, y que no debería importarles su opinión mientras ellos estuvieran a gusto consigo mismos.

Un día, a Pepón le dieron unas ganas tremendas de rascarse y con su trote cochinerero fue corriendo al barrizal para refrescarse en la greda y aliviar ése picor que no podía aguantar y que le estaba matando. Era un día de viento, encima lo llevaba en contra lo que le hacía mermar su agudeza olfativa. En su camino, notó cierto olor que recordaba familiar pero a la vez lejano; le era desagradable pero más lo era el picazón que sentía cada vez más fuerte. Debía de haberse parado, escuchar y haber olfateado más, comprobando si había algún peligro y haciendo sonar el bufido de alarma si así se trataba. Pero no pudo aguantar. La arboleda estaba ausente y demasiado callada, y a medida que corría, empezó a escuchar ruidos, cada vez más cerca, hasta que el último fue el peor:

- ¡Puum!

Notó algo que le penetraba en el lomo y que a la vez era doloroso. El impacto le hizo caer al suelo y dar una vuelta entera sobre sí mismo.

Se estaba revolcando, pero no en el barro.

Se quiso levantar, y tras mucho esfuerzo lo consiguió. Otro disparo semejante sonó. Una polvareda se levantó a su lado, cegándole y desconcertándole aún más. Había dado en el suelo. Quiso correr, pero ya no lo hacía con la misma facilidad. Corría con el corazón galopándole que se le salía por la boca, con mucha saliva y la lengua fuera. Logró adentrarse en el monte, sellando su salida de la mancha con el eco de un gran crujir de ramas que había arroyado a su paso hasta estar oculto y después el silencio que hizo la brisa al pasar por los trigales. Ya no quería salir. Sabía que había alguien fuera, más fuerte que él, alguien con el que ya no podía meterse, y que le podría hacer mucho daño. Así que se quedó escondido en las matas durante toda la noche, con las cerdas erectas, pasando cada vez más frío y sin nada que llevarse a la boca pero quieto, quieto, quieto.

Al día siguiente y como pudo, llegó donde dormía el relinchón arrastrando su pata malherida pero sobretodo, arrastrando un fuerte sentimiento de culpa.

- Verá, Sr. Pito, tengo que decirle algo. Llevo toda la noche pensando si usted podría ayudarme. - Ladeó su cuerpo, y entre el graso pelo del animal se podía apreciar un cúmulo de sangre y un agujero en su cuerpo. - Me preguntaba si usted podría sacarme la bala que llevo dentro. Me duele mucho y creo que sino moriré.

El pájaro al ver la herida del pobre animal sintió lástima, pero era mucho el daño que éste le había hecho siempre.

- ¿No era que mi pico no hacía más que cosas inútiles? ¿Puede entonces, Pepón, explicarme cómo voy a hacer yo eso?

El jabalí se dio cuenta que no había sido justo.

- Mire, Sr. Pito Real, le pido disculpas por mi comportamiento. He sido un egoísta y maleducado, si yo le dije todas esas cosas, fue porque tenía envidia de su voz. Yo sólo soy un gruñón que jamás podría cantar igual de bien y que ni si quiera tiene pico, sólo una voz carrasposa y una enorme nariz que arrastro todo el día por el suelo. Por favor, perdone y ayúdeme.

El carpintero levantó las alas y voló suavemente hasta el lomo del jabalí. Se apoyó en él e introdujo su pico en el orificio de la herida. Un minuto más tarde, depositaba la bala de plomo en frente de Pepón y levantó el vuelo relinchando.

-Gracias Sr. Pito, no sé CÓMO agradeceré. ¡Lo escucharé todos los días al amanecer!- le gritó, mientras volaba.

Y el pájaro se giró y le dijo:

- Ya le daré unas clases de canto otro día- y se perdió entre las nubes.

Pero la herida estaba muy sucia por la caída y estaba perdiendo sangre. Se fue al río y allí estaba la Sra. Trucha.

- Sra. Trucha, me tiene que ayudar.

La Sra. Trucha se extrañó ante semejante actitud.

- ¿Se puede saber qué le pasa? Llevo aquí mucho tiempo y es la primera vez que me habla de modo tan amable.

- Estoy herido.- Y metió las patas en el agua y se acercó a ella. La sangre comenzó a teñir el agua del río.

- ¿Y qué quiere que haga yo?- le preguntó el pez.

-¿Puedes mover tu cuerpo y mojar mi herida para limpiarla? Está llena de arena y hay mucha sangre seca, lo más seguro es que se infecte. Sé que me metí mucho con tu movimiento, pero si no lo haces estoy perdido. Me he dado cuenta que he sido muy malo contigo y me disculpo de antemano, pero por favor, ayúdame. No seas cómo yo y da tu aleta a torcer.

La trucha nadó río arriba. El jabalí comprendió que no quisiese ayudarle, cuando de repente apareció, nadando a gran velocidad, saltó, salió fuera del agua y mojó la herida de Pepón con su cola. Tras hacerlo unas cuantas veces, la herida quedó limpia y sin suciedad alguna.

- Muchas gracias Sra. Trucha, pensaba que no me ibas a ayudar.

- Hombre, sé que mi va y ven es muy bueno, pero si no cogía carrerilla, no podría alcanzar con el agua la herida.

Y los dos se rieron juntos y charlaron una gran parte del día.

- Bueno, va siendo hora de que me marche, Sra. Trucha. Creo que aún tengo muchas disculpas que ofrecer.

Y cada uno se fue por su camino. Pero Pepón seguía dolorido. Además le costaba andar y no podía rebozarse. Volviendo a casa vio a la Sra. Liebre preparando su cama. Le quedaban pocos días para parir a sus lebratos.

- Ahora que la veo escarbando, Sra. Liebre, ¿podría pedirle un favor?

- ¡Pero qué poca vergüenza tiene!

- No, en serio, me he dado cuenta de lo mal animal que he sido y quiero cambiar. Pero para ello necesito que usted me perdone y que me ayude.- Mientras lo decía, el cerdo caído sentado pues era mucho el peso que habían aguantado sus pastas que ya no lo resistieron más y tambaleándose, cayó del lado de la pata lastimada dejando ver la herida a la Sra. Liebre.

- Pero, ¡cielo santo! ¿Se puede saber qué le ha pasado?

- Un cazador me disparó.

Y la liebre escarbó y escarbó y con el barro que acumuló tapó la herida. Después pegó un par de saltos hasta la jara más cercana, cortó con sus largos paletos un par de ramas y las presionó contra la herida a la vez que lamía un poco para que la saliva también hiciera efecto cicatrizante.

- No sé cómo agradecerse. Estoy seguro de que será la mejor madre que un hijo pueda tener.

-Si quiere, podrá enseñarles cómo bañarse bien en el barro. Estoy segura de que lo hará usted mejor-le respondió la liebre.

Oscureciendo, el jabalí volvía despacio hacia su encame cuando se dio cuenta de que no había comido en todo el día. Escuchó ruidos entre las ramas, era el Sr. Ardilla correteando por los árboles.

- ¡Sr. Ardilla! ¡Quiero hablar con usted!

La ardilla dejó de correr.

- ¿Se puede saber con qué se va a meter ahora?

- No, verá. Quiero decirle algo.

- ¿Sabe qué? No me interesa. Ayer no le sentí en toda la noche y no vea lo a gusto que estuve y lo bien que lo pasé.

- Mire, me he disculpado ya con todos menos con usted y creo que es el que más lo merece. Siempre le he admirado mucho porque ha sido fuerte y a pesar de cualquier problema ha seguido adelante. No sólo se preocupa usted de los demás, sino que les ayuda en sus problemas; y por eso, le pido que también ayude a este imbécil jabalí que no sabía de nada y se las daba de listo por la vida, pero que ya se ha dado cuenta de su error y que se arrepiente. Por favor, tiene que perdonarme por todo lo malo que he hecho.

La ardilla fue a hablar pero un rugido se adelantó.

- ¿Qué ha sido eso?-preguntó la ardilla.

- Son mis tripas. No he comido desde anoche.

- Iré a coger unas bellotas- le dijo la ardilla.

- Gracias, Sr. Ardilla, muchas gracias.

- Todos nos equivocamos, lo bueno es que has rectificado- le contestó la ardilla.

-Una cosa más- dijo el jabalí- será muy irónico, pero mira lo que hay bajo mi pezuña- una bellota se asomaba entre sus patas.

- El inútil que no puede cogerla soy yo y no tú.

- No diga eso, Sr. Pepón. Si usted levanta la pata y yo la cojo, los dos la habremos cogido, como un equipo. Lo bueno es que se ha dado cuenta y a partir de ahora, haga bien y no mire con quien. Sea amable con todo el mundo e intente ayudar a todos, como usted será ayudado. No hay razón por la que meterse con un animal, todos somos iguales. Y, además, así, convivir no será solamente fácil y llevadero, sino que seremos felices y como una gran familia.

Y los dos comieron bellotas y piñones a montones y durmieron largo y tendido hasta que el pito real les despertó con su bello canto.

*Pardalis*